



EL PROYECTO TURING

Álvaro Barreras Peral

EL PROYECTO TURING



Primera edición: septiembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Álvaro Barreras Peral

ISBN: 979-13-88411-24-3

ISBN digital: 979-13-88411-25-0

Depósito legal: M-21699-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi madre, que nos has enseñado a intentarlo, siempre, una vez más.
Para Alonso y Martín, que nos enseñáis, cada día,
a prestar atención a lo realmente importante.*

Prólogo

Carta de Alan Turing a Adela René, 16 de octubre de 1948.

Estimada Srta. René:

Me alegra saber que se encuentra mejor. Disculpe la demora de esta carta, me habría gustado escribirle antes, pero me está costando un poco adaptarme a la ciudad y al nuevo laboratorio. No obstante, estoy contento de poder trabajar aquí, creo que podré contribuir a hacer avances interesantes, ojalá pueda visitarnos en un futuro cercano.

He leído el libro que me envió, muchas gracias. Le confieso que, aunque he encontrado ideas interesantes en él, la trama me ha parecido algo aburrida. Sin embargo, hay algo que ha llamado mi atención y tengo que reconocer que estoy totalmente de acuerdo con el autor: «pensar es dudar y es la duda lo que convierte al conocimiento en algo vivo». Esto me ha recordado unas ideas que empecé a desarrollar hace algún tiempo y que me encantaría compartir con usted. Pero antes de introducirlas, me gustaría que se plantease lo siguiente: ¿Qué es lo más importante que ha hecho el ser humano en toda su historia? Por favor, tómese un tiempo para pensar su respuesta antes de seguir leyendo.

Al meditar sobre la cuestión, quizás haya pensado en cosas como el fuego, la imprenta, el telégrafo o incluso en la guerra (le he dicho que piense en algo importante, no tenía por qué ser necesariamente bueno). Si ha pensado en alguna de esas cosas, me temo

que se equivoca. Siendo honesto, tengo que pedirle disculpas por la trampa que le he tendido, pues le he hecho una pregunta cuya respuesta no leeré, solo la he formulado para desarrollar mi propio argumento. Y es que estoy bastante convencido de que lo más importante que ha hecho el ser humano en su historia es dudar, hacerse preguntas. Pero no todas las preguntas son iguales, existen casi tantos tipos de interrogantes como personas. Hay preguntas cuya respuesta no interesa ni al propio encuestador, estas resultan insustanciales, como la que yo le he planteado. Hay personas vanidosas que parecen empeñarse en encontrar todas las respuestas posibles para después alardear de su capacidad memorística y hacer preguntas cuya respuesta ya conocen; dichas preguntas resultan aburridas e incluso odiosas. También hay preguntas que tienen una respuesta clara y concreta, las formulan personas que se conforman con dormir por las noches con una serenidad que solo la ignorancia es capaz de acunar; estas pueden llegar a ser pragmáticas, pero carecen de mayor interés. Por último, están las preguntas que, en lugar de buscar la respuesta de un interlocutor, simplemente expresan una duda, agitan un pensamiento. No se formulan en una conversación, sino que se lanzan al mundo y se les dota de existencia propia (las buenas preguntas tienen una vida eterna). Estas preguntas modifican, sin necesidad siquiera de ser respondidas, la forma de ver el mundo de quienes las plantean; en última instancia, podrían incluso cambiarlo todo.

Dichas cuestiones son a las que realmente merece la pena prestar atención.

Hoy, querida amiga, quiero plantearle una de esas preguntas que cambiará el mundo: «¿Pueden pensar las máquinas?».

A. M. Turing

Cuestión de densidad

Logroño, 1 de diciembre de 2019.

—Una buena canción es una forma de condensar tiempo, ¿no crees? —dijo Dani. Su mirada comenzaba a saltar. Era muy sutil, pero Alicia había aprendido a detectar y disfrutar de aquel pequeño movimiento inconsciente de las pupilas de Dani cuando estaba tejiendo la explicación de una de sus teorías—. Es como una cápsula que encierra horas de trabajo, y cuando la abres, cuando la escuchas, puedes disfrutar de toda esa densidad; el tiempo se dilata. Antes era solo un paquetito de tiempo concentrado que ahora se expande para que puedas disfrutar de él. Todos esos esfuerzos condensados en 4 minutos de canción. Puedes sentir a su autor abriéndose, destilando en cada nota una emoción para expresar al mundo entero la historia que quiere contar.

Alicia disfrutaba poniendo a prueba los argumentos de Dani y presionando la conversación para exprimir sus ideas. Conocía el sabor del resultado y le encantaba.

—¿Y qué me dices de un cuadro? —preguntó Alicia—. ¿Acaso un cuadro no condensa horas de esfuerzo y de diseño? De hecho, una pintura es algo estático, no se mueve, congela toda esa experiencia y permite desenvolver toda su esencia sin prisas, al gusto del consumidor. Creo que en ese caso la densidad se multiplica.

—Sí, supongo que tienes razón... Y pensándolo un poco, una buena novela también lo hace. Al fin y al cabo, un libro no es otra cosa que una puerta abierta hacia otro mundo, uno repleto de personas, lugares y experiencias que aguardan sobre la estantería en

apenas unos centímetros cuadrados. —Los ojos de Dani se fueron abriendo cada vez más a menudo que construía la frase.

—Siempre me he sentido pequeña en las bibliotecas... —confesó Alicia.

Dani dejó que su compañera saborease aquella última reflexión y le ofreció un silencio. Cuando alguien sabe utilizar bien los silencios, la conversación es mucho más rica e interesante. Dani sabía muy bien cómo emplearlos, tanto que Alicia había aprendido a sacar partido de ellos. Cuando la atención de Alicia volvió de su melancólico paseo por quién sabe dónde, la conclusión no se hizo esperar:

—Digamos que el arte, en general, es un instrumento que permite condensar el tiempo. —Las pupilas cesaron su movimiento.

La canción que había provocado aquella reflexión se había diluido en el eco que habían formado aquellas palabras rebotando por la habitación. Vanesa Martín seguía cantando a través de los altavoces del portátil, pero lo hacía en otra canción, desde otro lugar y contaba otra historia.

—Precisamente sobre el arte va mi último caso. —Alicia no dio oportunidad de que la interrumpiesen—. Una mujer viuda, de 77 años, ha denunciado el robo de varias pinturas que formaban parte de una pequeña exposición benéfica. En realidad, creo que se trata de un triste intento de estafa al seguro, ¿sabes? Hay algunas cosas que no me cuadran, pero quiero estar segura antes de decir nada. Desde que soy inspectora hay gente en la comisaría que no me quita ojo de encima.

—No me extraña, porque estás buenísima —bromeó Dani.

— ¡Eres idiota! —Alicia no pudo, ni quiso, reprimir una pequeña carcajada—. Debo andar con pies de plomo, estoy muy contenta de haber llegado hasta aquí, pero no puedo permitirme cometer errores tontos y darles motivos para desacreditarme.

— No sé quién es más peligroso, si ellos o tú misma. No conozco a nadie más exigente consigo misma que tú. Tienes una carrera universitaria con un expediente increíble, en la academia

también fuiste una alumna excepcional y acabas de conseguir ser nombrada inspectora. Todo esto, con lo que muchos de los mortales ni siquiera soñamos, lo has conseguido a los treinta años. ¡Cree un poco más en ti misma, Al!

Alicia apretó sus labios, como si tuviese miedo de que aliviar esa tensión fuese a estropearlo todo, como si el hecho de permitirse el lujo de relajarse fuese a desmoronar el castillo de figuritas de papel en el que guardaba todo su amor propio. Movi6 levemente la cabeza, como quien trata de sacudirse del pelo la ceniza que el último incendio produjo.

—¿Por qué me llamas así? Con lo bonito que es mi nombre.

No recordaba una sola vez en la que Dani la hubiese llamado por su nombre completo, la primera vez que se conocieron ya la llamó Ali, y ahora que empezaba a acostumbrarse su nombre había sufrido un nuevo recorte hasta quedarse en Al.

—Me gusta cómo suena Al, tiene más personalidad. Además, ¡tú también me llamas Dani! —replicó de forma juguetona. Sabía perfectamente que se había presentado como «Dani» cuando se conocieron y recordaba la sorpresa en la cara de Alicia de aquel momento.

—Esa no es la cuestión —trató de sonar convincente—. La cuestión es que la viuda no tiene ni un euro. Fue su padre quien amasó la fortuna familiar y era su marido quien la mantenía, ¿cómo no? Al morir ambos, ella ha malgastado el dinero que les quedaba en caprichos y malas inversiones.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Desde cuándo tienes acceso a las cuentas de los ciudadanos?

—No tengo pruebas, ya te lo he dicho. Pero he buscado en internet y resulta que es un personaje más o menos público, he encontrado noticias sobre malas inversiones de su empresa y también hay varios artículos en prensa sensacionalista.

—Pensaba que no te gustaba ese tipo de prensa...

—Cualquier fuente de información es útil si ofrece datos para la investigación. —Alicia pronunció esa frase con la mejor de sus sonrisas.

—¡Qué morro tienes! Pensaba que nuestros cuerpos de seguridad eran más serios y no recurrían a la prensa rosa para desarrollar sus investigaciones. Qué decepción. Tengo tal conmoción —dijo, mirando el reloj de la pared— que necesito comer algo o me desmayaré.

Mientras se dirigían a la cocina, Dani informó del menú. Alicia se encargó de preparar la ensalada con granada, aguacate y dátiles; a la que, por supuesto, añadió un buen puñado de nueces. Para el aliño, exprimó un limón y añadió aceite de oliva virgen, sal y un poco de mostaza. Mientras tanto, Dani elaboró bechamel y terminó de cocer unas alcachofas. Se lamentó de que las alcachofas fuesen de bote, pero no era temporada y le habría resultado imposible encontrarlas frescas. Para Alicia, aquello no tenía la menor importancia. Después, integró ambas cosas y puso a gratinar en el horno las verduras con la bechamel. Para el postre, todavía tenían restos del *crumble* de manzana del día anterior.

—Lo has vuelto a conseguir —masculló Alicia con la boca llena mientras señalaba con la cuchara vacía—. Este *crumble* está increíble.

—Es una elaboración muy sencilla, siempre te digo que deberías aprender a hacerla.

—Sí, la próxima vez. ¿Te vas a comer eso? —preguntó mientras lanzaba su cuchara hacia el plato de Dani.

—¡Quieta! Por supuesto que me lo voy a comer, con el postre no se juega —Dani profirió aquella amenaza con el último bocado entre sus dientes y una mirada de odio fingido muy retadora.

Denuncia

A la mañana siguiente, Alicia se dirigía hacia la comisaría cuando lo percibió: ese olor. El calendario acababa de inaugurar un frío diciembre, olvidándose de que la bienvenida oficial del invierno era el día veintiuno. El aire, seco, parecía cortar las palabras de los viandantes, la gente apenas intercambiaba un tímido saludo por las aceras. Por las tardes, al menos, se oían conversaciones en la caseta de la castañera, que calentaba manos y gaznates a dos euros la docena, el vendedor de lotería hacía el agosto en pleno otoño viendo acercarse la lotería de Navidad y algunos niños gritaban a la salida del colegio contiguo. Pero por las mañanas no, las mañanas eran diferentes, tenían ese olor... Ese olor a frío, a diciembre, a mentes dormidas y cabizbajas, a personas con prisa y a cafés con calma. Ese olor que le encantaba a Alicia.

Antes de llegar a la comisaría, Alicia entró en la misma cafetería de todos los días para desayunar. Era una cafetería de barrio, y Javi, el dueño, la regentaba desde... desde toda la vida. El negocio había sido de su padre y cuando Javi cumplió los dieciséis años comenzó a trabajar en él. Le había dedicado toda su existencia. El dueño contaba ya con cincuenta y una primaveras y conocía a toda su parroquia.

—Buenos días, Alicia. ¿Cortadito con soja y cruasán calentito?

—Cogió el cazo de la cafetera y, de manera instintiva, comenzó el ritual. No necesitaba esperar la respuesta a la pregunta que había lanzado a modo de saludo.

—Gracias, Javi, ¿qué tal ha ido el fin de semana, mucho jaleo?

—¿Jaleo? Eso es para los jóvenes, yo ya he tenido fines de se-

mana de «jaleo». —Abrió bien los ojos para pronunciar esta última palabra. Cogió el trapo que había dejado sobre la barra, lo anudó en su cintura y se dirigió hacia la cocina.

Alicia, sentada en un taburete alto al final de la barra, desabrochó su abrigo y se frotó las manos para sacudir el frío que las cubría, mientras hacía recuento de parroquianos. Eran las ocho de la mañana y el local apenas tenía movimiento: una pareja de peregrinos desayunaba en una mesa en la esquina y José Luis, recién jubilado y viudo desde hacía años, repasaba el periódico en la barra mientras daba buena cuenta de su cortado. Javi salió de la cocina con el desayuno, dejó el plato junto a Alicia, sirvió el café y continuó ordenando las tazas sobre la cafetera. La pareja de peregrinos repasaba un mapa al tiempo que buscaban algo en su teléfono móvil. Una de dos, o habían madrugado mucho al salir de otra ciudad para llegar a desayunar a Logroño, o habían dormido allí y no les había gustado el desayuno del albergue. En cualquier caso, era habitual ver a peregrinos del Camino de Santiago por el barrio, pero no tanto desayunando en la cafetería Elementos.

Alicia no podía evitar los análisis que su mente de inspectora realizaba de manera casi instintiva, tratando de controlar la situación en todo momento. Disfrutaba observando los pequeños detalles, incluso antes del desayuno, y trataba de inferir información de estos, por muy sutiles que fuesen. Al fin y al cabo, eran esos pequeños detalles los que componían el mundo, cuantos más pequeños detalles era capaz de descubrir, mayor era el mundo que percibía a su alrededor.

—Todo es cuestión de densidad —susurró sin ser consciente de que esa frase no solo había resonado en su cabeza, sino que había logrado salir.

Estando Alicia sumida en sus pensamientos, alguien abrió la puerta y una gélida bofetada de aire entró junto a un hombre. Era un hombre alto y delgado, de semblante tímido. Resultaba complicado estimar su edad, pues parecía pasar de los cincuenta, pero también se intuía que su castigada piel podría mentir. Llevaba un

abrigo gordo muy viejo, con las mangas destrozadas y un agujero enorme en la espalda. Unos guantes sin dedos y un sombrero improvisado con jirones de telas viejas adornaban la estampa. De los zapatos mejor no hablar, porque resultaba difícil entender cómo alguien con esos zapatos no había perdido los dedos de los pies durante alguna de las últimas heladas. Javi lo reconoció al instante y le saludó efusivamente:

—Hola, Julián. ¿Qué tal te va? ¿Qué vendes hoy?

—Buenos días, Javi. Pues mira, hoy te vendo un saco lleno de frío.

—Vaya, es una gran oferta. No es nada fácil recolectar todo ese frío que traes. Está bien, te lo compro por un café con leche y unos churros. ¿Qué te parece?

—Muchas gracias, Javi. Eres muy amable.

—De amable nada, antes de marcharte me tienes que ayudar a poner la terraza. —Le guiñó el ojo.

El sobrino de Javi, que se estaba poniendo los guantes para salir a colocar las mesas de la terraza, miró extrañado a su tío. Este sacudió discretamente la cabeza dedicándole una negación cómplice.

—Eso está hecho —concluyó Julián.

Tras apurar el café de su taza, Alicia apiló unas cuantas monedas sobre la barra, conocía perfectamente el precio del desayuno, que disfrutaba desde hacía más de un año.

«¿Más de un año ya?».

Parecía mentira cómo pasaba el tiempo. Aún recordaba el día en que había aprobado la oposición a inspectora de Policía Nacional, aunque lo interesante había comenzado después. Los dos años que había pasado en la escuela solo eran el preludio de lo que había encontrado a su llegada a la comisaría. El año que acababa de completar conformaba el módulo de formación práctica y le habilitaba finalmente como inspectora. Ahora ya no era una aspirante más. Sin embargo, sabía que la llegada de una inspectora, con a, y con tan pocos inviernos entre sus costillas no había sido plato de buen gusto para la mayor parte de la comisaría. Había tratado de ser ho-

nesta con sus compañeros, y contaba con dos buenos amigos, pero no podía permitirse relajarse hasta contar con el mismo respeto y reconocimiento que el resto de sus colegas tenían de forma innata. Tenía la necesidad de demostrar su valía constantemente. Era hora de irse a trabajar.

Todavía no eran las ocho y media cuando Alicia entraba por la puerta de la comisaría, como siempre; y, como siempre, era de las primeras en ocupar su sitio. Sobre la mesa tenía algunas carpetas con los casos que mantenía abiertos. El más reciente era el de las obras de arte robadas, o como ella ya había bautizado, el intento de estafa al seguro. Antes de encender el ordenador, Alicia cogió un documento que habían dejado sobre su teclado. Era una hoja de denuncia que no estaba el viernes anterior sobre su mesa, tenía pegado un *post-it* que rezaba «Regalito para la inspectora Izquierdo. Un tío raro. Volverá el lunes». La letra de la nota era de su compañero y amigo el subinspector Samuel Llorente. Cogió la hoja de denuncia y leyó:

«El ciudadano denuncia el robo de un bien empresarial con patente de “gran valor”, no identificado el objeto ni la patente. Indica que necesita hablar con la inspectora Izquierdo y que no dará más detalles sobre la denuncia. Se le informa de que la inspectora no llegará hasta el lunes día 2».

El comisario Ramírez

La inspectora Izquierdo sabía que es relativamente sencillo mentir con los labios, pero que con los ojos cuesta mucho más. En esa profesión es importante saber escuchar a las personas, anotar lo que dicen cuando hablan para repasarlo después, prestar atención a lo que expresan sus silencios, sus gestos y, sobre todo, escuchar lo que no dicen. La señora Lupiañez estaba mintiendo, mentía sobre el robo de las obras de arte, mentía sobre la exposición y mentía sobre su situación. Alicia todavía no tenía pruebas que apoyasen estas certezas y, sin pruebas, sus argumentos no valían de nada para la investigación, pero el comisario Ramírez le había enseñado que la intuición es una de las mejores armas con las que cuenta un inspector.

Ramírez era la única persona en la comisaría, junto con Llorente, en la que confiaba Alicia. Recordaba bien el primer día que llegó a la comisaría, habían pasado una hora en el despacho del comisario hablando y él la había apoyado desde aquel primer momento. Habían hablado de muchas cosas, y nada relacionado con su nuevo destino. Ramírez le había preguntado por su trayectoria, aunque conocía de sobra lo que ponía en su informe; se había interesado por dónde había estudiado, desde cuándo supo que quería ser policía, sus aspiraciones, sus temores, hasta cómo le gustaba el café, todo. El comisario le había advertido de que su llegada no era una buena noticia para todos sus compañeros, que había personas que querían su puesto y que no iban a recibir con los brazos abiertos a «una niña que acaba de salir de la academia y que no ha patrullado en su vida».

Ignacio Ramírez era un hombre atractivo, de piel morena, pelo que en algún momento debió de ser oscuro, ojos de color café tostado, mandíbula marcada y mirada profunda; una de esas miradas estáticas que parecen interrogarte, una de esas miradas a las que crees poder asomarte intuyendo todo un mundo al otro lado. El atractivo del comisario no residía tanto en su complexión física sino en su mirada; y en esa voz de carpintero, áspera, pero con ritmo, ronca pero con entonación, como el sonido de un serrucho al cortar una tabla o el del martillo golpeando un clavo. Puede que fuese por el momento vital de ambos, él contaba con cerca de sesenta inviernos a sus espaldas y la inspectora Izquierdo acababa de cumplir los treinta, o quizás fuese parte de su personalidad, pero el comisario había tratado a Alicia como a una hija desde aquel primer día. Tomaba un distanciamiento muy profesional, sí, pero no dudaba en echarle la bronca si era necesario o en regalarle algún consejo que él atesoraba como fruto de su propia experiencia.

Alicia apreciaba mucho al comisario Ramírez, lo admiraba profesionalmente y siempre le agradecía la ayuda que le brindaba en cualquier momento. A menudo recordaba aquella primera reunión en la que el comisario le había ofrecido un café de la cafetera de su despacho. «¿Cómo te gusta el café?» le había preguntado directamente, dando por hecho que ella aceptaba una invitación que él no había hecho. Había aprendido que un café puede conseguir lo que no consiguen otros métodos policiales. Una persona puede simular un comportamiento, prepararse para preguntas que sabe que le harán en un interrogatorio, ocultar datos relevantes que le incriminen en un delito, pero nadie miente al tomarse un café. Si centras la atención en un buen café y consigues que el sujeto deje operar al inconsciente, obtendrás lo que necesites de él. A veces puedes sorprender con una pregunta absurda, otras puedes hacerte el despistado y hablar directamente sobre el café, dónde lo recolectan o cómo lo tuestan... cualquier técnica es válida para lograr la distracción. Toda la comisaría conocía la estrategia del café.

Después de una media hora de declaración de doña Margarita Lupiañez, la inspectora Izquierdo dio por finalizada la reunión.

—Muchas gracias por su declaración, señora Lupiañez. Haremos lo posible por resolver esta situación —escogió bien sus palabras, esquivó los términos «robo» o «ladrón» para clavar una mirada, fría pero abierta, en los esquivos ojos de la viuda—. Estaremos en contacto, mi compañero le acompañará a la salida.

Llorente, que había observado desde su puesto la declaración de la señora Lupiañez y las reacciones de su compañera, se levantó en cuanto la viuda dejó la estancia y se acercó a la mesa de Alicia.

—No te has tragado una palabra de esa declaración. Te conozco bien y he visto tu cara de escepticismo.

—No ha dejado de sollozar cuando no sabía qué responder. Además, ha sido muy comprensiva, ha dicho hasta tres veces que seguramente no pillaremos al ladrón y que lo entiende, que sus cuadros ya estarán bien lejos. Es evidente que quiere que cerremos el caso, sabe que no cobrará la póliza del seguro mientras haya una investigación policial abierta.

—Puede que solo estuviese nerviosa.

—No tiene motivos si no ha hecho nada malo. Además, es la tercera denuncia en cinco años, está intentando estafar al seguro, Llorente. Cuando ha firmado me he fijado en sus manos, tenía marcas de al menos dos anillos ausentes. Además, está ese gesto de muñeca para colocarse bien unas pulseras que ya no lleva. La viuda lleva tiempo con problemas económicos y está vendiendo joyas para salir adelante, pero parece que no es suficiente para mantener el nivel de vida al que está acostumbrada.

—Vale, vale, Sherlock. ¿Pero acaso importa tanto si estafa al seguro? Las aseguradoras lidian a menudo con este tipo de situaciones, tienen sus propios investigadores privados, por la cuenta que les trae. Y en el peor de los casos, serían ellos quienes correrían con los gastos. ¿Para qué buscarle tres pies al gato?

—Si lo dejase estar, no estaría resolviendo el caso. Me estaría conformando con cruzarme de brazos mientras la solución queda oculta para siempre. Y ya sabes que me gusta ganar siempre que pueda.

—Deberías conseguir pruebas que apoyen tu teoría. Tiene buena pinta, pero sabes que, sin pruebas, tendrás que archivarlo. Una de dos: o dieron el cambiazó antes de la exposición y solo han robado unas copias de los cuadros...

—Tendrían que haber pagado unas buenas copias —observó la inspectora— y eso llamaría la atención entre el gremio, ¿no crees?

—Pues sí. Además, tú tendrías que encontrar los originales, que podrían estar a buen recaudo en casa de la señora Lupiáñez. La otra opción es que el ladrón haya guardado los originales hasta que pase el revuelo, pero entonces tiene que ser alguien del entorno, en quien la viuda confíe.

—Puede ser, pero hay una tercera posibilidad. Ella podría haber ayudado al ladrón a robar los originales. Y punto.

—Pero en algún momento los tendrá que recuperar, digo yo.

—¡O puede que no! A ella solo le importa el dinero, era su marido quien creó la colección de arte y quien adquirió todos esos cuadros. Para ella no tienen ningún valor sentimental. Necesita dinero con urgencia y no quiere que la venta de patrimonio evidencie sus problemas financieros. Quizás hayan robado realmente unas valiosísimas obras de arte con ayuda de la viuda y ella solo quiera el dinero de la póliza.

El subinspector de policía quedó pensativo durante unos segundos, después soltó una pequeña carcajada y volvió hacia su mesa.

—Tienes una facilidad asombrosa para pensar como los malos. ¿Nunca has pensado en dar un palo? Ganarías más dinero que haciendo de buena.

—Me parece más interesante descubrir el truco que idearlo — Alicia le lanzó a su compañero un guiño acompañado de una amplia sonrisa.

Dolor no deseado

Hacía un buen rato que Alicia no escuchaba lo que Dani le decía desde el otro lado del sofá. De hecho, no escuchaba, veía ni sentía nada de la realidad que tenía delante. Su mente y su atención estaban a muchos kilómetros y a varios años de distancia. Su mirada, que había posado sobre la taza de té negro que sujetaban sus manos, estaba sumergida en un recuerdo muy concreto: el día que Dani y ella se besaron por primera vez.

Era demasiado tarde para arrepentirse, ni siquiera quedaba tiempo ya para debatir si había sido buena idea ir hasta allí. Lo cierto era que Alicia estaba en la puerta de Dani, había llamado y estaba esperando a que abriese, con su mejor sonrisa y el corazón a punto de... La puerta se abrió y la sonrisa de Dani saludó a la suya. Sus preciosos ojos verdes la paralizaban, pero no era tiempo de quedarse plantada como una idiota, tenía que reaccionar. Se lanzó a saludar con dos besos, que Dani transformó en un abrazo.

«¡Demonios, qué bien abrazaba!», pensó. Por aquel entonces, todavía no entendía cómo un gesto tan físico podía resultar tan intangible, tan inefable, tan inmaterial. Tan inconscientemente revelador.

Dani omitió la invitación a pasar, simplemente dio media vuelta y caminó hacia la cocina; como si ella tuviese todo el derecho del mundo a seguirle, como si lo natural fuese que dejase el abrigo sobre una silla y le acompañase. Mientras la cabeza de Alicia se lo cuestionaba, sus piernas lo hicieron. Jamás había estado en esa casa y, puede que fuese el gélido día de enero que había dejado fuera o el precioso vecindario de pinos silenciosos y suelo blanco que enmarcaba la localización, pero sentía un aura encantadora que lo envolvía todo. Recordó ese

filtro de colores cálidos que utilizan en las películas cuando el protagonista está soñando, puede que estuviese en un sueño, pero no le importaba. El contraste era precioso, el candor de la chimenea encendida se adhería al frío que los ojos percibían a través del enorme ventanal; la madera del suelo bajo sus pies era un reflejo horizontal de los verticales troncos nevados de pino; su pelo, descarado y caótico, destruía la armonía que ordenaba el conjunto de leña perfectamente cortada y apilada en el exterior.

Dani le pidió ayuda para preparar algo caliente que acompañase a la conversación. Señaló la alacena mientras se dirigía hacia el otro extremo de la habitación; era uno de esos preciosos muebles de madera natural, con puertas acristaladas y algún que otro detalle que demostraba los muchos años que lleva cumpliendo su función de guardar la vajilla. Ella cogió el pequeño tarro de cerámica que Dani le había pedido y, al tenerlo entre sus manos, pensó en lo curioso que resulta el efecto del tiempo. Mientras percibimos como algo negativo y feo el efecto que tiene el paso de los años en la piel de las personas, a la cerámica le sienta genial ese envejecimiento. De pronto se planteó cómo modifica el paso del tiempo a las personas.

«¿Habrá quien sepa reparar el alma de igual forma que hacen con la cerámica los artesanos del kintsugi?».

Desde luego, había visto a Dani disfrutar de belleza donde ella solo percibía viejas cicatrices, hasta casi había conseguido que ella encontrase deliciosos sus propios complejos con aquella maldita pasión tan contagiosa. Cerró la puerta de la alacena y se dirigió hacia la mesa, descubriendo que el tarro que tenía entre las manos se llamaba Té. Le sorprendió la elección de la infusión, pero su curiosidad quedó insatisfecha; como única respuesta recibió una petición de colaboración. Mientras Dani ponía al fuego del hogar una vieja tetera llena de agua, ella se sentó a la mesa, una enorme mesa de madera de roble que, desnuda, ofrecía su belleza al servicio de la preciosa estancia. Era evidente que, en cualquier otro lugar, aquella mesa habría sido la protagonista indiscutible en solitario.

Le resultaba impresionante la capacidad que siempre había demostrado Dani para condensar placeres en un lugar único, tanto temporal como espacial. Sin poder salir del encantamiento del ambiente que les rodeaba, estaban fabricando una conversación tan natural y agradable que nadie adivinaría la fuerza con la que el corazón de Alicia golpeaba su pecho instantes antes, mientras esperaba en la puerta. Era como si no necesitase vestir a sus palabras para

presentarlas al mundo; como si todas esas ideas y sentimientos que nacían de su interior saliesen a bailar distraídos y sin temores al jardín que había entre sus miradas; como si se conociesen tan bien por dentro que no hiciese falta hablar de las banalidades ni de las cosas importantes de las que suelen hablar las lenguas y pudiesen centrarse en el diálogo que mantenían sus ojos, mientras el mundo seguía su curso... o puede que hubiese dejado de girar, ¿a quién le importaba?

Dani se movía al otro lado de la mesa, entre el fuego y la encimera. Traslado dos tazas desde una balda hasta el fregadero. Cogió la tetera y vertió sobre las tazas agua caliente para templarlas. Ejecutaba sus movimientos con calma, sin ninguna prisa, los enmarcaba en una cariñosa ceremonia. Volvió al fuego para dejar de nuevo la tetera. Vacío las tazas y las posó sobre la mesa. Le pidió que incorporase algunas hojas de té, Alicia escogió las que le parecieron más idóneas, aunque no tenía la menor idea de cuáles son las cualidades que hacen de una hoja de té la más idónea, y depositó tres o cuatro en cada taza. Las hojas tenían un aspecto añejo, estaban secas y arrugadas, aunque imaginaba que era fruto de la deshidratación y que al sumergirlas en agua se expandirían y regalarían su aroma, color y sabor al agua.

Dani se giró hacia el hogar, rodeó el asa de la tetera con un paño y la apartó del fuego. La conversación quedó en suspensión por primera vez. Parecía que todo en los últimos minutos era el preludio para aquel momento. Cuando inclinó la tetera con cuidado, se escuchó el susurro del agua al saltar al interior de las tazas, el último sonido que Alicia recordaba era el que habían hecho las hojas de té al recogerlas del tarro. El vapor de agua que ascendía de forma categórica anticipaba la agradable sensación que percibirían sus manos instantes después. El sutil olor que empezaba a dispersarse desde aquel volcán activo sobre la mesa explicaba al olfato el mimo y cariño con que había sido preparado.

Ella nunca había sido una gran amante del té, ni siquiera era la autora intelectual del que se acababa de elaborar en aquel momento, simplemente era una cómplice que se había visto involucrada en aquel magnético proceso. Pero entonces le regalaron el resultado:

—Te prometí invitarte a un café. Y si ahora te ofrezco este té —Dani extendió el brazo acercándole la taza— es solo para seguir debiéndote ese café mañana. No dejes que se enfríe.

En aquel preciso instante supo que ese té significaba mucho más que la infusión de la que se disfrutaba. Supo que acabaría besando a Dani antes de terminar el té y que, por grande que fuese la contradicción que sentía en su interior, no querría separarse de aquellos preciosos ojos verdes jamás.

Desde entonces, Alicia siempre había encontrado en Dani ese calor que le había faltado en su propio interior. Sus padres murieron cuando ella era una niña y, aunque no diría que había tenido mala suerte con las personas con las que se había encontrado, le costaba mucho confiar en los demás. No sabía qué era lo que le había llevado a besar a Dani aquel día, jamás hubiese pensado ni siquiera que podría llegar a suceder. Pero lo cierto es que no se arrepentía de nada y no pasaba un solo día en el que no agradeciese el haber mandado todo a la mierda en aquel instante y haber tenido el valor de hacerle caso a su corazón.

Dani volvía a marcharse fuera del país. Iba a realizar apoyo psicológico a los refugiados rescatados por uno de los buques que actuaban en el Mediterráneo. Era parte de su trabajo dentro de la labor que realizaba en la ONG y, aunque el motivo era muy noble, Alicia no soportaba la idea de pasar otro mes sola en aquella casa. Se sentía fatal por ese sentimiento tan egoísta, pero el mundo era mucho más grande cuando Dani no estaba y eso le provocaba cierto vértigo. Al percibir que le miraban directamente a los ojos, volvió a prestar atención a lo que le estaban contando.

—Creo que no me estabas haciendo mucho caso. Por cierto, ¿qué me dices del estroncio? Porque no tiene nada de particular...

Tenían un juego recurrente que consistía en que Dani nombraba un elemento químico de la tabla periódica y Alicia trataba de decirle alguna curiosidad sobre el mismo. Dani lo hacía sin previo aviso, en medio de cualquier conversación. Llevaban años jugando y se había convertido en un reto personal en el que intentaba pillarla fuera de juego alguna vez, aunque todavía no lo había conseguido.

—Se utiliza en los fuegos artificiales —sonrió Alicia—. De hecho, cuando está en contacto con el oxígeno del aire, arde con un

bonito color rojo. Y sí que te estaba haciendo caso. Bueno, un poquito. Me hablabas del libro ese de la psicóloga belga sobre el trastorno... ¿Sobre qué trastorno?

—Trastorno de estrés postraumático, es habitual entre las personas que rescatamos. Y no es fácil tratarlo en las circunstancias en las que solemos hacerlo. No se trata de dar una palmadita en la espalda, ¿sabes? —le explicó Dani con entusiasmo—. Hay que tener cuidado con el daño psicológico que esa situación traumática puede acarrear: aislamiento, bloqueo emocional, incapacidad de expresar emociones, ausencia de modelo social, familiar y laboral...

—Tiene que ser aterrador.

—Y no solo es eso, a veces es complicado detectar futuros problemas derivados de la experiencia actual. Es difícil predecir cómo reaccionará cada persona, cómo afectará a su mente. Es lo que yo llamo dolor no deseado.

—¿Dolor no deseado? ¡Ningún dolor es deseado!

—Cierto, ningún dolor es deseado, pero hay algunos que, debido a su naturaleza, son menos deseables. Imagina un dolor físico que pueda derivar en otras lesiones. Por ejemplo, un dolor prolongado en la rodilla izquierda puede hacer que sobrecargues la parte derecha de tu cuerpo y derivar en una lesión lumbar en esa zona. Podríamos extrapolar esto al sufrimiento mental —otra vez ese movimiento inconsciente de sus pupilas— y tendríamos que, por ejemplo, el miedo al enfrentamiento puede llevarte a evitar cualquier confrontación en tu día a día, incluso a no afrontar las críticas ni recomendaciones de tu entorno; y eso podría derivar en baja autoestima, sentimiento de inseguridad e incluso ansiedad.

—Entiendo, es como si estuviese todo conectado, las conexiones entre las distintas partes de la mente hacen imprevisible nuestro comportamiento. Pero entonces ¿no podemos predecir el alcance de los daños?

—Exacto, conocemos solo una pequeña parte del comportamiento psicológico. Somos capaces de describir la respuesta inmediata más frecuente ante una determinada situación, pero no po-

demos predecir cómo se propagará ese daño ni cómo modificará el comportamiento de cada persona en el futuro.

—Dolor no deseado, ¿eh? —Alicia miró a los ojos de Dani, que habían cesado su incansable baile y le regaló una sonrisa burlona.

—Se me ocurrió anoche mientras soñaba. Igual no es el mejor término para definirlo, pero has entendido el concepto, ¿no?

—Sí, lo he entendido. De todas formas, no es eso lo que me preocupa. Ya sabes que lo que quiero es que vuelvas pronto y de una pieza. Esta vez no quiero que corras ningún riesgo innecesario. Me preocupan mucho esas amenazas que recibisteis. Si os llegasen a atacar... no quiero ni pensarlo.

—No te preocupes por eso —le dijo Dani antes de fundirse en un beso, que comenzó siendo tierno pero que terminó con un toque juguetón y sensual.